DISCURSO DE RESPUESTA DE DON AURELIO MIRO QUESADA

La Academia Peruana de la Lengua se complace con esta solemne ceremonia de incorporación del Académico don Fernando Romero, de trayectoria intelectual vasta y fecunda, y cuyo discurso de toma de posesión, que acabamos de escuchar y aplaudir, es una grata prueba no sólo de sus méritos, siempre reconocidos, sino de la labor de investigación que ha de desarrollar entre nosotros.

Nos complace asimismo que esta ceremonia se realice en el aniversario del día trascendental en que se produjo el descubrimiento de América por el mundo y el descubrimiento del mundo ajeno por América. El 12 de octubre de 1492 las carabelas de Cristóbal Colón, bajo la bandera de los Reyes Católicos, incorporaron a las civilizaciones autóctonas de América en la órbita fecunda de la cultura occidental. Para que los pobladores de un lado y de otro se entendiesen, España nos dio su idioma —que en ese mismo año había llegado a su fijación con la *Gramática* de Antonio de Nebrija, la primera de una lengua romance que se publica en la Europa humanística—; pero también, a través de los labios y de los escritos españoles, los vocablos de América, primero taínos y caribes, y luego náhuatls, mayas, chibchas, quechuas, aimaras, mapuches, guaraníes, entran en el caudal

de la lengua castellana, se abren camino hasta los Diccionarios oficiales, enriquecen con color y sabor las obras de grandes escritores y afianzan lo que, ensanchando el título de Juan de Valdés, se podría llamar el *Diálogo de las lenguas.*

Y no sólo se establece el contacto entre el español y las voces indígenas. Desde el primer momento llegaron a América el latín clásico, el italiano (o mejor el dialecto genovés) de Colón, el portugués, los localismos de los marineros. Y a poco, junto a otros idiomas extranjeros, los de los pobladores del Africa negra, sobre cuyas posibles huellas en el habla popular de la costa peruana ha disertado precisamente el recipiendario de esta noche.

Incorporado a la Marina de Guerra del Perú, de la que se halla retirado como Capitán de Fragata, graduado de Doctor en Letras en la especialidad de Historia en la Universidad Mayor de San Marcos, dirigente y promotor de varias instituciones culturales, el nuevo Académico de Número ha ampliado siempre a mayores horizontes la formación técnica que alcanzó en sus estudios. Como marino y como historiador al mismo tiempo, ha publicado trabajos valiosos de divulgación y de análisis docto: *110* años de la *Marina de Guerra, Grau: el marino epónimo del Perú, La vida europea del Vice-Almirante Jorge Martín Guisse, Notas para una historia de la Marina Fluvial de Guerra.* Atraído por los viejos papeles y navegante no sólo por los mares sino por las cartas y los portulanos donde, entre sirenas y rasgos extraños, se inscribió por primera vez el nombre del Perú en los mapas del mundo, nos ha deleitado también con sus noticias sobre *Bartolomé Ruiz, el piloto descubridor,* sobre *Naves, cartas de navegación y compases de los marinos que descubrieron el Perú,* sobre el *Probable itinerario de los tres primeros viajes marítimos para la conquista del Perú* (en colaboración con Emilia Romero) y en una bella monografía sobre *Lo que vio el Real Felipe* del Callao.

La marina y las letras se enlazaron también en los libros de cuentos que publicó con el telón de fondo del mar y de los ríos. De estos últimos, y de su estancia como oficial de marina en Iquitos y de sus recorridos por la región amazónica, son sus *Doce novelas de la selva,* en que el bosque y los ríos se estremecen con dramas reales y con alucinaciones. De la costa peruana son los intensos relatos de *Mar y playa,* en los que sobre el paisaje de olas, barcas, puertos, islotes, acantilados, nos atrae el paisaje humano de marineros, pescadores, niños alegres, mujeres sufridas, hombres resueltos o frustrados, que matizan sus diálogos con giros verbales zafios o irónicamente pintorescos, como en esa pequeña joya de nuestra literatura costeña que es el cuento *El nido extraño.*

Es precisamente el ser humano lo que atrae más hondamente a Fernando Romero. La observación de la realidad le da sustento a sus relatos, pero esa misma observación adquiere mayor profundidad cuando se trata de conocer la vida misma del Perú para aplicar los elementos técnicos que lleven parejamente al desarrollo material y al perfeccionamiento del hombre peruano. Es lo que ha despertado en Romero su gran vocación de educador. Con el sentido técnico aprendido en sus estudios de la Escuela Naval, con el aprendizaje en San Marcos y con la docencia en la Universidad Nacional de Ingeniería, con la experiencia adquirida como funcionario técnico de la Organización Internacional del Trabajo y la Organización de Estados Americanos, ha escrito trabajos incitantes como *La industria peruana y sus obreros, La educación como agente económico, Educación y desarrollo, Nuestro capital humano, Trabajo, educación y bienestar* y ha logrado frutos excelentes en su consagración por varios años a la organización y la dirección del SENATI (Servicio Nacional de Aprendizaje y Trabajo Industrial). Cuando se le encargó reabrir la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, tras un paréntesis de cerca de un

siglo, afirmó la base general humanística y la revaloración del patrimonio cultural de Ayacucho, pero le aplicó el carácter técnico que requieren la realidad social de la región. el estudio concreto de sus posibilidades económicas y el planeamiento de la solución de los problemas esenciales del área. Hermoso y útil esfuerzo en que ha debido servirle como estímulo el recuerdo de uno de sus más alabados personajes: Toribio Rodríguez de Mendoza, insigne reformador del Convictorio Carolino. Personaje admirado y admirable, al que Fernando Romero ha dedicado un libro fundamental: *Rodríguez de Mendoza hombre de lucha*. riquísimo de información, abundante de datos para la historia de la educación en el Perú y maduro de reflexiones y opiniones sobre una época trascendental de la historia peruana.

Pero quizá con ningún tema se ha encariñado tanto, y tan reiteradamente, Fernando Romero, como el de la vida y los problemas de los pobladores afronegros en América y sobre todo, como es natural, en el Perú. Es un campo muy poco transitado y en el que ha hecho aportaciones esclarecedoras durante largos años, en artículos, ensayos, conferencias, proyectos de libros y libros mismos. Fuera de las observaciones lingüísticas de Pedro Benvenutto Murrieta, de insospechados datos de historia social de Harth-Terré, o de notas folklóricas recientes de Nicomedes Santa Cruz y de algunos otros apuntes aislados, es poco lo que se ha hecho aún entre nosotros y mucho lo que nos queda por hacer. Cuando la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia me encargó recoger *La poesía de la Emancipación*, creo que fue la primera vez que se incluyó en una publicación oficial una poesía en la llamada "lengua conga": la canción en loor de Baquíjano y Carrillo, cuya estropeada versión de 1812 Fernando Romero ha corregido con pacientes esfuerzos. Ante la ausencia de otros nombres peruanos, el de Romero brilla así como una estrella solitaria en los repertorios bibliográficos sobre tema afronegro.

Pero su investigación no se detiene en simples aspectos exteriores, sino avanza en profundidad para estudiar la densidad, la distribución, la organización legal, la situación social del poblador negro en el Perú. Le interesan las características mentales y espirituales de los habitantes afronegros, su sentido de la vida y la muerte, sus nociones del tiempo y del espacio, su visión de la tierra circundante y de lo que se halla más allá de la tierra. El libro que prepara sobre las *Posibles influencias de los lenguajes afronegros en el castellano de la costa del Perú* —del que nos ha dado un anticipo verdaderamente apasionante en su discurso de esta noche— va a iluminar aspectos antes desconocidos y va a incitar a fecundos debates. Pero aún limitadas al campo de la lengua, son evidentes la intensidad de su investigación, la abundancia de fichas y de noticias consultadas, la habilidad para discurrir, con imaginación y con sapiencia. por un terreno tan confuso.

La primera dificultad consiste en la imprecisión de las noticias sobre la procedencia de los negros llegados al Perú, y en consecuencia de las lenguas nativas que hablaban. El ya antiguo estudio de Cust señalaba que en Africa hay 591 entre lenguas y dialectos; y sólo en el grupo bantú, uno de los más elaborados y nutridos, 168 lenguas y 55 dialectos. Romero ha podido anotar unas 80 etnias diferentes en el Perú y de ellas 30 por ciento de idiomas bantús, 24 por ciento de lenguas del Africa occidental y el resto de habla kwa, mandé, hausa, etc.; con la circunstancia especialísima, que él ha sido el primero en señalar, que la huella del hausa es mucho mayor de la que podía suponerse por el número de habitantes.

En realidad, a pesar de la vasta extensión del continente africano, los negros que vinieron al Perú pertenecían fundamentalmente a un ámbito restringido: el de la región costera, y sus prolongaciones interiores cercanas, entre Senegal y Angola. Las varias escrituras recogidas por Harth-

Terré en su trabajo sobre *Negros e indios* dan, por ejemplo, ocho negros bozales de tierra bran, siete u ocho de Angola, cuatro congos, cuatro de la factoría portuguesa de San Jorge de Mina, y otros de Nigeria, de Dahomey, de Malí, de Senegal. El *Mercurio Peruano* de junio de 1791, o sea al fin del período colonial, registra los nombres —unos directamente del país de origen, pero otros locales o arbitrarios— de las diez principales cofradías de negros bozales: Terranovos, Lucumís, Mandingas, Cambundas, Caravelíes, Cangaes, Chalas, Huarochiríes, Congos y Mirangas.

El lugar de procedencia, declarado o supuesto, sin embargo, no es indicio seguro de la lengua que esos pobladores afronegros hablaban. Aparte de los que podían provenir directamente de la esclavitud en la propia España, en los primeros tiempos de la colonización americana Portugal había monopolizado el tráfico negrero, con puertos o factorías en el golfo de Guinea, por lo que el lenguaje era principalmente de yorubas y ewes. Posteriormente, la procedencia se extendió más al sur, a tierras conga y angola, con sus lenguajes kikongo y quimbundo. Por lo demás, los que venían directamente de Africa, o negros "bozales", no eran todos. Romero también señala la buena proporción de esclavos que llegó de las posesiones españolas del Caribe o de la Tierra Firme americana, que eran negros "ladinos", es decir que junto a su lengua madre primitiva hablaban también un castellano, aun cuando fuera incorrecto y sumario. En el siglo XVIII un crecido número llegó también de las islas antillanas que poseían Inglaterra, Holanda y Francia, y otros desde el Brasil, en forma generalmente clandestina. Es por lo tanto difícil precisar cuáles eran los idiomas, y no el idioma, con los que se podían entender y hacerse entender en el Perú.

Algunos investigadores han sostenido que al llegar a nosotros las autoridades los separaban por países de origen o por lenguas, y hasta han supuesto que esta separación por

razones de idioma tenía por objeto que no se comunicaran entre ellos, para evitar revueltas o la fuga de negros "cimarrones". Pero Fernando Romero lo descarta, y por dos razones valederas. De una parte, porque los colonos no conocían, ni les interesaba conocer, los matices de las diversas etnias africanas y lo único que sabían de su cargamento era el puerto de embarque; y de otra, que, a pesar de notorias diferencias, hay un tronco lingüístico común que enlaza a idiomas similares del área Niger-Congo de que procedía una gran parte de los que vinieron al Perú, por lo que se podría hablar de cierta "lingua franca" entre ellos.

Pero la "lingua franca" fue en realidad el castellano, en el que se comunicaban por necesidad los negros "bozales", los "ladinos" y sobre todo los negros "criollos" (o sea, nacidos ya en América). Establecidos primordialmente en la costa, donde era difícil esconderse, puede afirmarse que aquí no hubo "palenques" (o, si los hubo, no tuvieron permanencia ni importancia) que acuñaran un habla propia o diferenciada. Como ha dicho Romero, en una frase dura pero exacta, los negros no vinieron sino fueron traídos; no reconocían un solar ancestral ni una estructura cultural determinante, y por eso (a diferencia fundamental del elemento indígena, con una tradición sólida y firme) fue fácil que se asimilaran, se integraran en otros núcleos y, con excepción de sus danzas y sus músicas siempre vivas y ricas, abandonaran sus características.

En lo que respecta a su huella en el habla castellana, se han señalado repetidas veces sus variaciones fonéticas y morfosintácticas (la importancia del tono, sobre todo, es muy marcada en las lenguas afronegras) y ha quedado un reflejo caricaturesco de muchos de sus solecismos, de sus incorrecciones de pronunciación, de su "media lengua" infantil, o de la sonoridad de sus voces autóctonas por ejemplo, en grandes autores de la Edad de Oro de la literatura castellana, Lope de Vega injerta una canción que llama "guinea"

en su comedia *Servir a señor discreto* ("Taquitán, mitana cuní"), como Góngora en una letrilla para el Corpus canta rítmicamente: "zambambú, morenica de Congo — zambambú" y en otra de Navidad: "elambú, calambú, cambú"; con la misma gracia burlesca que en nuestros días Palés Matos ("Calambó, bambú,— bambú y calambó") o Nicolás Guillén en su *Sóngoro cosongo*. Entre nosotros, son bien conocidos los pasajes de gracia y de ritmo semejantes en las comedias de Pardo y de Segura.

En cuanto al vocabulario mismo, en realidad son pocas las palabras que se acostumbra reconocer como de origen afronegro incorporadas a nuestra habla costeña; aunque, como sostiene Romero, aparte de que a veces se les ha confundido con arabismos, la influencia tiene que ser mayor, dado el crecido número de negros esclavos, negros horros, mulatos, zambos y otras "castas" a que se llegó en los últimos años virreinales. (Sólo en el Cercado de Lima eran 28,000, en una población de 62,900 habitantes, según la Memoria del Virrey Gil de Taboada y Lemos, y casi lo mismo se calculó en la época del Virrey Abascal. El término de toda importación de negros desde 1814 detuvo el proceso lingüístico, pero no varió la situación).

El ya citado artículo del *Mercurio Peruano* señala como voces usadas por los negros: "marimba" (instrumento musical) y "guarapo" (bebida alcohólica). Benvenutto Murrieta, en *El lenguaje peruano*, menciona entre otros negrismos: "carimba" (marca de hierro), "cachimba" (pipa de fumar), "casimba" (cisterna), del quimbundo de Angola; "cunda" (mozo alegre y astuto) del malinké, que es dialecto mandinga; "yaya" (dolor, cicatriz) del kikongo. Fernando Romero, en una extraordinaria investigación, ha recogido en un Glosario 496 artículos con 160 voces primitivas, y ha precisado diez sonidos vocálicos (hay hasta cuatro oes) y nasalizaciones peculiares como las de los grupos consonánticos "ng" o "nd". A veces despierta dudas, como

cuando cree que "jarana" puede derivar de la voz hausa-"haram", que significa bailar danzas paganas, beber licor y jugar a las cartas; o cuando insinúa que "tamal" puede provenir no del náhuatl "tamalli" sino del "tamale" de Nigeria. Pero en cambio nos deja convencidos cuando piensa que "conga" viene de una de las formas "nkanga", canción, en kikongo; cuando sugiere que "guarique" viene del hausa "warikke" (separado o aparte); cuando dice que "quimba" procede del mayombe "kimbe" (valiente), emparentado con vocablos kikongo: "kimbama" (mostrarse, hacerse ver, aparecer) y "kimbamba-ngolo" (campeón, héroe); o cuando en la dudosa etimología de nuestro "palangana" dice que no hay que hacer muchos rodeos para llegar al idioma kikongo: "páala" (fanfarronada), "ngána" (dicción).

Pero ya he dicho que Fernando Romero no se detiene en estos paralelismos pintorescos. Para él los problemas del lenguaje no se reducen a la lexicografía y la fonética, sino van al contorno sociológico, a la caracterización espiritual de los hablantes. A través de los vocablos, de las metáforas, de las variaciones verbales, de los tonos, podemos percibir sus reacciones propias, y con sus reacciones su concepto del mundo. Hermoso trabajo que, aplicado en este caso a los lenguajes afronegros, contribuye a desentrañar el real papel del negro, como ser humano, como habitante y sobre todo como integrante del Perú. Por encima de las discriminaciones de color o de clase, con su sangre mezclada con otras sangres en la tierra peruana, no en vano ha alcanzado relieve singular el mulato José Manuel Valdés, poeta y médico; ha calado en el alma popular el acuarelista genial Pancho Fierro; ha lucido su imagen por el mundo el intrépido Mariano Cevallos, cuatro veces grabado por Goya; y ha ascendido a la gloria y los altares el limeño San Martín de Porres, de quien como en el verso de Clemente Althaus puede decirse que su cuerpo vestía sombra obscura, pero que su alma era "más clara que el sol de mediodía".

La Academia Peruana de la Lengua aplaude la labor de investigación de Fernando Romero y en este día de su incorporación le expresa, por mi intermedio, su más afectuosa bienvenida.